

# Tito Palestro y Sergio Onofre Jarpa: cultura política de la acción, narrativas de la derrota. Un ejercicio de análisis de las narrativas militantes.

*Tito Palestro and Sergio Onofre Jarpa: political culture of action, narratives of defeat.  
An analysis exercise of militant narratives*

JORGE NAVARRO LÓPEZ<sup>1</sup>

**Recibido:** 05 de marzo 2015 / **Aprobado:** 18 de julio de 2015

**Received:** march 15, 2015 / **Approved:** july 7, 2015

## RESUMEN

En este trabajo se expone el carácter constructivo del relato biográfico, mediante el análisis de dos relatos militantes: la autobiografía del militante socialista Tito Palestro y la entrevista biográfica del militante de derecha Sergio Onofre Jarpa. Se propone que, a pesar de sus diferencias sociales, culturales e ideológicas, ambos comparten un espacio propio de su generación: la cultura política de la acción. Esta coincidencia finaliza cuando estos actores explican la historia política de las décadas previas al golpe de Estado de 1973. No obstante esta diferencia, ambas narrativas se asemejan en las evaluaciones que realizan desde sus respectivos lugares de enunciación, ya que tanto Jarpa como Palestro se encuentran fuera de la capacidad de acción de la política, el espacio que fuera constituyente en su vida pública.

**Palabras claves:** cultura política, biografía, historia política, Chile, golpe de Estado de 1973.

## ABSTRACT

*This article presents the constructive nature of biographical narrative through the analysis of two militant narratives: socialist militant Tito Palestro's autobiography and a biographical interview to right-wing militant Sergio Onofre Jarpa. It is suggested that although socially, culturally and ideologically different, both of them share a space which is inherent to their generation: the political culture of action. This convergence ends when these characters explain the political history of the decades prior to the 1973's military coup. Notwithstanding this difference, both narratives are similar in the evaluations they make from their corresponding places of enunciation, since both Jarpa and Palestro are outside the politics action capability which was once the constituent area of their public lives.*

**Keywords:** political culture, biography, political history, Chile, 1973 military coup.

---

1 Chileno. Historiador. Estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Becario CONICYT-PCHA. Correo electrónico: jorgenavarrolopez@gmail.com

## I. INTRODUCCIÓN.

El acto de recordar no es pasivo. Se trata de una construcción que responde a una acción inquisitiva, sea ésta interna-reflexiva, estimulada desde el exterior o con intencionalidad reafirmativa. Cuando este proceso excede los límites de la reflexión interna se socializa, es decir, pasa a un nuevo plano: el de la interacción con otros. En este caso, la memoria cobra potencia creadora al extender su campo de acción, se desata del constreñimiento de la consciencia y pasa a un plano intersubjetivo.

Me planteo en este trabajo un ejercicio de análisis de la biografía de dos militantes políticos representativos de la izquierda y la derecha chilena de la segunda mitad del siglo XX, para comprender de qué manera se estructuran los marcos de la memoria y se construye una visión pública de la historia privada de ciertos sujetos. Parto de la hipótesis de que ambos actores, a pesar de sus visibles diferencias sociales e ideológicas, comparten una cultura política que se basa en la capacidad constructiva de la acción partidaria. Esta cultura política de la acción se expresa y otorga coherencia a la narrativa de los relatos biográficos analizados.

El recuerdo es "situado", en consecuencia, no se estructura en el aire. Por tanto, asumo que la memoria que "producen" los militantes políticos responde a un espacio delimitado. El contenido intersubjetivo que se encuentra en la práctica política específicamente partidista engloba a más de un sujeto, por consiguiente, no existe la figura totalmente prístina e individual del militante político, en éste se conjugan múltiples sujetos. Lo específico del sujeto militante, pasa por su recuerdo, es decir, por la imagen que elabora del relato de sí mismo. En los casos analizados, la multiplicidad se encauza en la coherencia que otorga el espacio "partido". Por consiguiente, desde la práctica política se configuran como sujetos narrativos.

¿A qué responden las variables que se expresan en la práctica biográfica de los militantes? ¿A través de qué métodos construyen ese discurso o, más bien, por cuáles caminos nos conducen a nosotros, los lectores? ¿Es el discurso un espacio llano, neutro y meramente expositivo? ¿Existen diversas lecturas de lo narrado? A estas y otras interrogantes buscaré dar respuestas tentativas en este trabajo, mediante el análisis de dos relatos militantes situados en las antípodas del horizonte político chileno de gran parte del siglo XX. Por una parte, el relato autobiográfico del militante socialista Tito Palestro (1989), en donde se exponen los derroteros de un dirigente social y político desarraigado de su contexto debido al golpe y dictadura militar de 1973. Y, por otra, la entrevista biográfica de Sergio Onofre Jarpa (Arancibia, Arancibia y De la Maza, 2002), que indaga sobre la vida de este destacado dirigente de la derecha chilena. Ambas narraciones comparten el contexto histórico de los primeros tres cuartos del siglo XX chileno. Pero, al mismo tiempo, presentan distintas interpretaciones sobre el acontecer social y político del período. ¿Cómo es posible que dos relatos sobre hechos similares, planteen lecturas divergentes? Es la interrogante que origina este trabajo y que intentaré resolver a lo largo del mismo.

## II. CULTURA POLÍTICA, SUBJETIVIDAD, ACTO NARRATIVO Y BIOGRAFÍA MILITANTE.

Como he explicitado, nuestro interés se centra en las narrativas políticas, específicamente las que adoptan el modelo de la biografía y autobiografía. Pero, de acuerdo a nuestra visión, no existe una esfera discursiva aislada de la realidad, por lo tanto, no existe el discurso autónomo, éste tiene un contenido que le da forma y lo arraiga en la realidad. El concepto que mejor engloba este fenómeno es "cultura política" y a través de éste podremos conectar la construcción narrativa en el contexto social e histórico.

En torno a la "cultura política" hay dos reconocidas líneas de reflexión. Por una parte, una corriente adscrita a la ciencia política, inclinada a entender a la cultura política de acuerdo a marcos institucionales, llegando a ello mediante el uso y análisis de instrumentos cuantitativos (*civic culture*) (Almond y Verba, 1963). Por otra, una visión asociada a las ciencias sociales, en donde se rescata el carácter constructivo del proceso político, atendiendo a los factores históricos, sociales y culturales. Sin duda, la visión integrativa y menos restrictiva de la segunda reflexión es más cercana al análisis que pretendo realizar en este trabajo.

En América Latina, la antropología ha sido una de las principales disciplinas receptoras de la “cultura política”, desde donde se ha destacado la relación entre el poder y las tradiciones culturales como el punto central de aproximación a la cultura política. En esta línea, el antropólogo mexicano Esteban Krotz plantea una noción de la cultura política cercana a las prácticas cotidianas y los imaginarios de los actores sociales, poniendo el acento en la historicidad de los universos simbólicos (1985, 121). La formulación de Krotz complejiza la noción de cultura política, ya que advierte que donde existe una cultura política determinada va a ser posible encontrar una contracultura (1985, 125), lo que a su vez implica reconocer el aspecto subjetivo y la posibilidad creadora de los actores involucrados en el sistema social<sup>2</sup>.

Desde la ciencia política, el aporte de Norbert Lechner ha ayudado a complejizar la relación entre proceso histórico y cultura política. Para este autor, la cultura política está estrechamente relacionada con las instituciones políticas, debido a que éstas participan de manera activa en la formación y configuración de la cultura política. Esta definición nos sitúa en un marco donde se integran los factores sociales con las realidades políticas. Es decir, no existiría una esfera política autónoma, desprendida de las realidades concretas de los individuos y grupos. A partir de este reconocimiento, Lechner plantea que no existe “una” cultura política, sino que más bien, existen “las” culturas políticas, que actúan como marcos referenciales de las cuestiones políticas para los colectivos. Esta propuesta, nos permite observar el conflicto entre culturas políticas y la intención que tienen los actores por implantar una forma específica de comprensión de la política a través de las particularidades de la militancia. Así mismo, y en la línea de Krotz, Lechner plantea que este conflicto no es sólo abstracto, sino que tiene como base las aspiraciones de transformar la realidad material, lo que lleva a que los actores políticos a elaborar discursos que dan cuenta de esos anhelos (1987).

Desde la historiografía, Cristina Moyano ha enfatizado en la dimensión partidista de la cultura política, la cual estaría estrechamente vinculada a los procesos subjetivos y a la memoria de los “militantes”, ya que sería esta comunidad de actores la que la configura, mediante la apropiación significativa de los discursos y acciones políticas, creando una “identidad social” definida (2009).

No obstante la especificidad y límites de la militancia política, se trata de un espacio acosado desde diferentes flancos sociales. ¿Puede existir solamente el militante político, es decir, un sujeto consciente y situado únicamente en la esfera partidista? No. Parece claro que cuando se adopta una visión que se inserta en el complejo social, no se pueden desestimar los procesos intersubjetivos que dan forma a las identidades (Moyano, 2010).

Esto queda de manifiesto en las narrativas militantes que analizaremos, ya que ambos personajes comparten el marco referencial de la política chilena del siglo XX, pero desde veredas distintas. Por ejemplo, en ambos encontramos la potencia formativa de la política como acción, como un proceso por el cual se pueden lograr ciertos fines. En este sentido, ambos personajes comparten la cultura política de una generación que comprendió y experimentó la posibilidad constructiva de la política. Sin embargo, las esferas ideológico-culturales de cada uno los llevan a construir representaciones antagónicas de los hechos y a establecer narrativas divergentes. El amplio marco de referencia (historia nacional) es compartido, pero la subjetividad propia de cada personaje se expresa en diferentes representaciones. La diferencia no es sólo discursiva, es también política, cultural e histórica.

El marco de enunciación nos entrega aquí la clave interpretativa. El recuerdo no es casual ni neutro. “Lo que se recuerda” no es idéntico a “lo que sucedió”, existe una mediación que, en este caso, es el contexto de enunciación. Por lo tanto, el contexto de enunciación, como ese presente del “ejercicio de memoria”, resulta fundamental para advertir los sentidos que toman las narrativas militantes. En nuestro caso, tenemos dos contextos de enunciación diferentes. Tito Palestro construye su narrativa militante desde la derrota de la Unidad Popular y desde un exilio que añora una época pretérita de bonanza política. En cambio, Sergio Onofre Jarpa, recuerda desde la pasiva reflexión de un actor y gestor de la realidad desde la cual denuncia (Chile post-dictatorial), por lo tanto, su relato sin urgencia lo lleva por el camino de quien ha contribuido a los “intereses nacionales”, pero también desde una posición marginal de la política contingente. En ambos, sin embargo, 1973 se plantea como un momento crítico.

Entramos así a un punto crucial para comprender y analizar la narrativa militante. La forma en que abordaré el análisis de las narrativas políticas será a través del marco de la biografía (en estos casos, autobiográfica y realizada por terceras), siguiendo la posición de Leonor Arfuch sobre el “espacio biográfico”. Para esta autora, en el género biográfico se produce una separación entre el enunciador y su propia historia, con lo cual se problematiza la temporalidad de la enunciación y los hechos que se

2 La visión de Krotz se conecta con las propuestas de Raymond Williams (1980) y Stuart Hall (1984) de que la cultura se construye hegemoníamente, es decir, que a pesar de que exista una dominación cultural hay espacio para el desarrollo de culturas alternativas y que entre una y otra se da una relación dialéctica.

presentan. A este proceso de abatimiento de la identidad autoral que contiene la biografía, Arfuch lo denomina –siguiendo a Mijail Bajtin– “valor biográfico”, es decir, la organización de la propia vida ya sea como un todo heroico o cotidiano, pero coherente con lo que se quiere representar (2002, 47).

La única coherencia que respetará el relato, por lo tanto, es la de la representación. La representación que realiza el biógrafo (de él mismo o de otro sujeto) impone un orden, hace coherente la acción del sujeto narrado de acuerdo a una intencionalidad que no es manifiesta. El aspecto literario de esta operación, nos permite estudiar el relato como un acto de representación y con ello, visualizar la intencionalidad que pretende quedar vedada tras la reivindicación de veracidad. La valoración de la forma que toma el relato implica que los géneros discursivos están inmersos en una historicidad particular, dado que el “orden narrativo” está estrechamente ligado a una “orientación ética” (Arfuch, 2002, 57). Si leemos esta característica bajo un lente “político”, encontramos una clave pertinente para analizar los relatos biográficos como parte de un conjunto de valores o intenciones que circulan socialmente.

Con respecto al ámbito de circulación de la obra, nos interesa plantear algunas precisiones sobre la narración biográfica o aquella donde el sujeto testimoniante no es el mismo que traza la forma narrativa. Si bien comparte muchas características con su par autobiográfico (como la conexión entre testimonio, novela y relato histórico, un ajuste cronológico del tiempo narrativo y el acceso a espacios propios del Yo), la biografía exhibe rasgos propios, debido principalmente al sentido de lejanía que reporta la mediación de otros sujetos. En ésta, el carácter de devoción al personaje queda de manifiesto en la configuración heroica que se presenta del mismo. También, la intencionalidad de veracidad es más enérgica, presentándose una fuerte tensión la restauración de una “verdad” y la admiración del/los biógrafo/s (Arfuch, 2002, 103-109). Esto es claramente distinguible en las biografías políticas, sobre todo cuando son realizadas por seguidores de los mismos personajes (algo que es manifiesto en el caso de Jarpa). Por ello, la construcción narrativa de las biografías nos conduce ya sea por rutas elegíacas, cuando se intenta restituir la imagen política del personaje, o bien reivindicativas, cuando se trata de acontecimientos y personajes olvidados en el presente desde el que se narra.

En definitiva, el “valor biográfico” nos permite indagar en la narración biográfica, teniendo en cuenta que si bien estos relatos versan sobre “una persona”, contienen mucho más que sólo acontecimientos personales. Por una parte, podemos trabajar con lo que el personaje piensa de sí mismo y de su actuación política. Y por otra, la construcción misma del relato nos aporta las claves del acto de enunciación desde donde se realiza: desde un presente tramado a través de una identidad, de una ideología, de los conflictos de su época, de los valores, en suma, desde un contexto social e histórico. A partir de estos puntos, creo, podemos intentar un ejercicio analítico de la autobiografía de Tito Palestro y la entrevista biográfica de Sergio O. Jarpa.

### III. PRIMERA LECTURA: EL SEMBLANTE.

Advertidos ya que los relatos están ajenos a cualquier neutralidad y, por lo tanto, representan las características de quien se expresa y busca divulgar algún discurso, un primer acercamiento a estos relatos tendrá como objetivo bosquejar la imagen personal que se desprende de la narrativa de cada uno.

Desde un principio la obra de Tito Palestro (1913-1983) se presenta de manera cercana y “popular”. De esta manera, la imagen y trayectoria política de este militante del Partido Socialista y ex Alcalde de San Miguel, se hace coherente con el relato o, quizás, para quienes supone serán sus lectores. Ya en la presentación del libro, Clodomiro Almeyda, histórico dirigente socialista, precisa que el lenguaje que contiene la autobiografía,

“está impregnado de esa sabiduría natural e ingeniosa, de ese humor chileno socarrón y filosófico a la vez, que caracteriza a la idiosincrasia de nuestro pueblo y que Tito Palestro traduce en tantas anécdotas, expresiones y decires populares, como un espejo de nuestra manera de ser” (T.P., 4)<sup>3</sup>.

Estas palabras introductorias, más que una precisión, parecen ser una advertencia de que el libro expresa un punto de vista particular de Palestro y no representa un “documento oficial” del Partido Socialista. La trayectoria política de Palestro estuvo mucho más cerca del militante territorial de base (en específico, de la zona sur santiaguina) que de la cúpula dirigencial del partido. El mismo Palestro reconoce

3 De aquí en adelante las referencias a las dos obras que analizaremos se citarán entre paréntesis de la siguiente manera: cuando se haga referencia al libro de Tito Palestro (1989) se utilizará “TP” y para el libro de Sergio Onofre Jarpa (Arancibia, et. al., 2002), se utilizará “SJ” seguido del número de la página correspondiente.

una diferenciación entre ambos espacios cuando explica que el tono más bien coloquial que tendrá su libro se debe a que «así nos quiso ver el pueblo: sencillos, simples en el actuar y en el decir», ya que en «cierto modo representábamos la voz y el verbo de los pobres» (TP, 10). Hablando en primera persona plural, Palestro parece representar al pueblo en general, del cual se siente sin duda parte (“nosotros”), expresando así una separación entre la dirigencia del PS y quienes estaban cotidianamente trabajando para el socialismo, distanciamiento que tiene que ver, en su interpretación, con la teoría y la práctica. Porque la simpleza de su discurso no es expresión de desidia o ineptitud intelectual, ya que

“Nunca nos faltaron luces para plantearnos de otra manera. Yo lo intenté, pero en San Miguel no me entendió nadie. [...] A partir de ese intento entendí que el idioma de San Miguel era un idioma propio [...] No soy defensor de lo simple, no soy enemigo de la científicidad [...] Sólo creo que lo anterior debe ir para la vanguardia, para el interior de los partidos de clase. Pero para el gran pueblo, estimo que debemos salir a su encuentro con un lenguaje sencillo, simple y claro, de manera que no quede nadie sin entender nuestro mensaje, los proyectos tácticos y globalmente nuestra meta estratégica” (TP, 11).

La simpleza que pregonaba Palestro demuestra su cercanía con las características de los sectores populares de su época: alejados de los estudios formales y con poco acceso a las manifestaciones artísticas. Sin embargo, al mismo tiempo nos proporciona una autoreferencialidad mesiánica muy fuerte («nadie me entendió», «salir a su encuentro [del gran pueblo]») y un tono de reproche ante la labor del PS y, en específico, de su distanciamiento con las bases. Este signo, fue característica de la familia Palestro y de su inserción en la base social de la zona sur de la capital, sectores eminentemente populares y que hicieron tanto de Tito, como de Julio (socialista y también alcalde de San Miguel) y Mario (alcalde de San Miguel y diputado socialista), expresión y representación del sentir popular<sup>4</sup>. Estos tres hermanos representan una cultura política propia de la politización obrera de la primera mitad del siglo XX: una dinámica política centrada en la práctica más que en la ideología, sustentada en un gran arrastre popular.

“Allí, junto al nortino que desde las salitreras traía la simiente de la lucha, y del brazo con el campesino que llegaba a la ciudad con escasa o ninguna tradición política ni sindical, estuvimos nosotros, los Palestro. Éramos habitantes antiguos de San Miguel, trabajadores proletarios y militantes, desde muy jóvenes, en el Partido Socialista de Chile. Es decir, no tuvimos que insertarnos en esa masa, éramos parte de ella. No tuvimos que aprender ni esforzarnos en encontrar un lenguaje para dialogar con el pueblo, porque el suyo era también nuestro lenguaje”. (TP, 55-56)

Significativa es la trayectoria que describe Palestro. Se inserta en la trayectoria de politización obrera vinculada al norte salitrero de las tres primeras décadas del siglo XX<sup>5</sup>. Además, en esta interpretación está presente la idea clásica de la izquierda post bolchevique de la unión obrera-campesina y, en ella, se ubica a los Palestro a un costado del obrero salitrero y conduciendo del brazo al campesino hacia la política y el sindicalismo. Se conjugan en este relato, el hecho histórico del desplazamiento de los trabajadores del salitre hacia el centro del país tras el cierre de las explotaciones mineras y el simbolismo del partido obrero, vanguardia de la revolución.

Con todo, lo que destaca el relato de Palestro es una de las ideas que tuvo mayor extensión en la politización obrera de la primera mitad del siglo XX: la importancia de la autoformación obrera. El autodidactismo fue una de las claves más arraigadas de la formación política obrera y estuvo vinculada, además de la formación sindical y las luchas reivindicativas, con la alfabetización, la autoeducación y los espacios de esparcimiento propios<sup>6</sup>. La actitud cercana al vocabulario popular no fue un aspecto relevante en las primeras décadas de la politización obrera de izquierda, ya que la gran mayoría de los dirigentes compartían las raíces y los espacios con sus compañeros. Por ejemplo, en el Partido Comunista la mayoría de sus dirigentes eran de raíz popular, situación que dista de la realidad del PS, donde una mayor cantidad de profesionales fue la base de su fundación. Es por ello que, creo, Palestro remarca con tanta insistencia la idea de que el “pueblo” tiene un lenguaje propio que no todos son capaces de captar.

Por su parte, el semblante de Sergio Onofre Jarpa (1921) que nos presenta su entrevista biográfica participa de cierta manera de esta idea “anti-intelectual”. En este caso, se presenta a Jarpa como un personaje expresivo –según las autoras– del “Chile viejo”, es decir «caballero pero pícaro, austero y generoso, franco y mordaz sin ser hiriente [...] Es terco sí, a veces intransigente, pero detrás de esa firmeza existe un alma noble y sensible que le imprimen un atractivo difícil de desconocer» (S), 12-13).

4 La familia Palestro tuvo una destacada participación política en la zona sur de Santiago. Al respecto, véase Palestro, 1998.

5 Sobre la politización obrera vinculada a los trabajadores del norte salitrero, véase Pinto y Valdivia, 2001 y Pinto, 2007.

6 Al respecto, son de gran valor las biografías de militantes comunistas del siglo XX escritas por José Miguel Varas (1998 y 2010) y la biografía histórica de Julio Pinto sobre Luis Emilio Recabarren (2013).

Las entrevistadoras nos hablan de lo que coloquialmente se denomina “patrón de fundo”, una imagen que no le incomodaría al biografiado. La actitud rezongona de Jarpa (ya en el Partido Nacional lo apodaban “el terco”) se manifiesta en expresiones de amonestación frente a las preguntas que se le realizan y que le plantean cierta discordancia. También, la cultura campesina lo impregna de un denotado machismo y relativización de las mujeres: «¿Quiénes acudían a esas reuniones? A ver, Pancho Bulnes y su señora, Elisa Ripamonti, que se iba a conversar con la Verita dejando a los hombres solos en el escritorio» (SJ, 134).

Además, el discurso y la figura de Jarpa comienzan construyéndose desde la pleitesía que le demuestran las entrevistadoras, mayormente condescendientes con el político. El Jarpa que recuerda su niñez es menos cuidado y más coloquial, en tanto cuando hace repaso de su vida política es audaz y coherente, relatando con autoridad ya no su experiencia, sino la historia política del país. Es en esta parte del relato donde la voz autoritaria reconviene las preguntas y amonesta a las entrevistadoras («Mire», «Espérense, pues», «¡Cómo me voy a acordar de cada uno!», «no voy a decir marxistas, para que no me llamen la atención», «No me hagan caricaturas, ¿ya?»).

Difiere Jarpa de Palestro, como vemos, en el tipo de cultura que resalta. Por una parte, el dirigente socialista, más cercano a las maneras urbanas, específicamente populares, en su discurso y significantes. En cambio Jarpa, expresión del campo pre Reforma Agraria, con una actitud puritana, teñida de los prejuicios rurales sobre la ciudad y marcadamente paternalista. Si bien están claros los aspectos que los diferencian, ¿comparten algunas características?

#### IV. LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. ZONA COMPARTIDA.

No resulta forzoso indagar de qué manera en ambos discursos pueden encontrarse similitudes a pesar de corresponder a dos personajes que, tanto en su condición social como en su militancia política, no tienen vínculo alguno. Tal vez, las semejanzas no van por el aspecto sociopolítico, sino más bien en la construcción del discurso y en la concepción autorepresentativa expresadas en ambas obras biográficas. Como planteé más arriba, es claro que los presentes desde donde se enuncian son diferentes, pero el relato de ambos se enmarca en un momento de la historia que comparten. Por ejemplo, la pobreza de la infancia es un hito que exaltan los dos personajes. Es cierto que las condiciones económicas no son similares, pero la dificultad económica de la primera infancia es una representación compartida, que sirve como prefiguración del mito del yo que posteriormente se expresará coherentemente en términos políticos.

Para Palestro, la temprana muerte del padre resalta la imagen de la madre proveedora. Sin ser necesariamente falso, este hecho es una matriz común en la configuración de la representación del sacrificio popular (Montecino, 1996) y en Palestro la imagen de la madre es el punto de partida de su devenir sociopolítico: «El sufrimiento de un niño pobre, con la facultad de percibir a su madre luchando por sobrevivir en una sociedad mezquina y egoísta que le negaba todo» (TP, 23). Un sufrimiento que se expresaba incluso en sus características físicas: «[...] mi rostro burdo y tostado de niño del pueblo» (TP, 23). Palestro construye su presente desde este pretérito, lleno de sacrificios y manifestaciones de la desigualdad existente:

“[En el colegio] fuimos protagonistas de un episodio que muestra, insistentemente, cómo el medio, las circunstancias, carencias y necesidades primarias insatisfechas, producto lógico de la sociedad burguesa, despiadada y miserable, son los ingredientes que concurren a desquiciar hasta los más noble hábitos congénitos de los hombres, jóvenes y niños.

[...] Siempre nos preguntamos por qué no nos gustaba jugar. Más tarde tendríamos la respuesta: éramos niños subalimentados, sin ánimo, sencillamente nos faltaban fuerzas para jugar.” (TP, 27-28)

El “desquiciamiento” que señala Palestro, fue lo que él llama “el asalto al gordo” o el robo de un tercio de la comida de un niño que, a diferencia de él y sus hermanos, parecía sobrealimentado. Es un relato pícaro, que tiene un tramado pre-figurativo y aleccionador: la pobreza puede llevar a cometer acciones “desquiciadas”, por ello, es necesaria la lucha de los dominados.

En Jarpa, la realidad es distinta, pero la matriz sacrificial es similar. En su relato construye una infancia marcada por el sacrificio, pero ya no tanto de pobreza como en el caso de Palestro, sino por las dificultades que sufrió la empresa familiar conducida por el padre. Para Jarpa, la figura que lo marca es el padre. El padre proveedor, el padre abnegado, el padre empresario, etc. La figura patriarcal tradicional del campo chileno. De acuerdo a esta visión patriarcal, la genealogía es fundamental y el personaje se apresura en situar sus antepasados en la historia de Chile, dado que el «primer Jarpa [...] fue un inmigrante

francés radicado en Concepción, a quien don Ambrosio O'Higgins le asignó en cargo» y desde ahí en adelante, todos sus antepasados fueron «gente de trabajo industriosa y esforzada, ordenada para vivir» (SJ, 17). Tres características que podrían definir el ideal conservador de Jarpa: “industriosos”, “esforzados” y “ordenados”.

Para el personaje Jarpa, su padre es la figura de la socialización: «Diría que mi padre nos enseñó más bien a interesarnos por aprender de todo y a trabajar en el campo» (SJ, 21). El aspecto que exalta el mito del yo, es la crisis económica que sobrevino en el país posterior a 1929, ya que ese hito lo lleva al trabajo y desde ahí a hacer «vida común con los muchachos campesinos» (SJ, 22). Evidentemente una relación que tenía muy poco de “común”, por ello Jarpa se diferencia de la “gente del campo” al develar la falta de corrección en el lenguaje del campesino pobre: «[...] preferíamos pasar la noche a la intemperie —“a todo imperio”, como dice la gente del campo- [...] cuidando de taparnos la cabeza con nuestra manta, pues según decían, conviene proteger el “cerebro” del frío» (SJ, 22-23).

Para el niño Jarpa, esta experiencia formativa lo dota de una concepción rígida de la laboriosidad y de la convicción de que es el trabajo el que forma al hombre, en su caso, el trabajo agrícola. Es en este momento también, cuando adquiere su «fuerte sentido de la chilenidad» (o nacionalismo), debido a la experiencia campesina, desde donde provendría este sentimiento: «El campesino tiene un anclaje muy curioso con su nacionalidad: no se deja atropellar, pero no por orgullo personal, sino porque considera que un trato de esa naturaleza lastima su condición de chileno» (SJ, 32). En sintonía con la mentalidad conservadora, se aprecia que su interpretación de la historia de Chile parte por el campo, donde se arraiga el sentimiento conservador y nacionalista, fuertemente permeado por la figura de Diego Portales, imagen y proyección política de Jarpa (SJ, 57). Un Estado fuerte y tradicional, es decir, autoritario y agrario.

Hasta aquí podemos observar que la significación del contexto formativo es en ambos personajes sacrificial. Pero, el significante no es lo mismo que el contexto, por tanto, lo que para Jarpa es sacrificio a los ojos de Palestro es dominación. No obstante, en los dos discursos la socialización temprana adquiere un carácter conflictivo, de abnegación, que les sirve para ligar la cultura política a su realidad pretérita.

## V. LA POLÍTICA. ESPACIO COMÚN Y CONFLICTIVO.

Planteábamos más arriba que si bien existen variadas culturas políticas, en ocasiones éstas conviven en un espacio común. En este caso, sucede que ambos discursos comparten una cultura política que engloba a las culturas políticas particulares. Tanto en Palestro como en Jarpa encontramos una concepción positiva de la política, es decir, como una actividad constructiva. Esto no quiere decir que ambos tengan el mismo discurso político. Más bien, la cultura política que comparten es el espacio común de divergencia y resolución de los problemas sociales, la matriz política común a los partidos de gran parte del siglo XX, por lo menos hasta el golpe militar de 1973. En cambio, suponemos, si este análisis incluyera a un militante comunista etariamente similar sería diferente, ya que tendríamos que integrar la variable de la clandestinidad comunista en el período de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia o “Ley Maldita” (1948-1958). Pero como trabajamos con dos actores de la política con continuidad institucional —por lo menos desde la década de 1940 en adelante—, nos enfrentamos a un escenario común, no obstante sus grandes diferencias ideológicas. Un escenario que contiene una historicidad particular, que podríamos denominar “generación política” (Muñoz, 2011).

Como hemos dicho, la acción política asociada a los partidos es parte fundamental de la cultura política que comparten Palestro y Jarpa. Para el primero, por ejemplo, la «aparición y fortalecimiento de los partidos populares, durante los decenios anteriores del golpe, hizo posible leyes laborales, su perfeccionamiento y otras disposiciones que protegían al hombre y la mujer de trabajo» (TP, 32). En la narrativa de Jarpa, la política tiene un carácter de urgencia, es casi una imposición moral o, más bien, nacional: «Lo que se necesitaba no era discutir demasiado de temas ideológicos, sino reorganizar el país» (SJ, 59). La noción sacrificial de la política no es ajena tampoco a Palestro: «El partido Socialista no tenía nada que ofrecer en cuanto a beneficios personales, en cambio sí exigía la máxima capacidad de entrega de cada uno de sus militantes» (TP, 37).

Tanto para Palestro como para Jarpa, la acción política es fundamental. Se representan como hombres de acción más que como teóricos o dirigentes de oficina. Por ejemplo, Palestro relata las primeras acciones políticas que les encomendó el partido (habla en plural: “nosotros”, es decir, los Palestro) y que serían parte integral de su cultura política: «Y allí estábamos, íbamos a la pelea, poníamos el cuerpo y, aunque muchas veces salimos bastante maltrechos, seguimos siendo los primeros en poner la cara» (TP, 56). Sin embargo, la acción de Jarpa se da en un plano político diferente. El “nivel” es distinto. Por ejemplo, cuando relata su derrotero político, específicamente en la oposición al segundo gobierno de Ibáñez (1952-

1958): «En esos años escribí varios artículos y cartas a los diarios» (SJ, 71). O, ante los incidentes del 2 de abril de 1957: «Fui a La Moneda –por única vez en este período- a conversar con el general Benjamín Videla Vergara, Ministro del Interior, a quien conocía» (SJ, 74). En la representación de Jarpa, la acción política no es una acción de base a la par con los militantes, sino una política de la alta esfera. Aun así, funciona igualmente como expresión del sacrificio que implica la política.

Este juicio positivo común sobre la acción política es una forma de demostrar una consecuencia con el propio pasado y, también, de posicionarse históricamente. Proponen de sí mismos una representación ligada al trabajo y a la acción política. Lo que no deja de ser relevante, debido al contexto de enunciación de ambos: Palestro en el exilio, con la acción política negada; Jarpa, desde el retiro y el resentimiento nacionalista frente al apogeo neoliberal. Ambos expresan, desde contextos desiguales, la máxima de que “todo pasado fue mejor”, mayormente cuando en aquel pasado se desenvuelven quienes lo reclaman.

Los acuerdos que encontramos en cuanto a la valoración de la política como una actividad social e históricamente efectiva, se dispersan cuando entramos en materias ideológicas. Si bien no es nuestro interés realizar un análisis de las pautas ideológicas de cada personaje, sí nos interesa definir cuáles son los elementos que integran sus imaginarios y que funcionan como delimitadores discursivos.

En la narrativa de Jarpa existen dos elementos claves, que lo posicionan en un universo ideológico específico y que configuran su cultura política. Nos referimos a un ferviente nacionalismo y al deliberado anticomunismo que profesa. Al interior de estas dos claves se constituye el Jarpa militante. Su “profunda chilenidad” lo llevó en un primer momento a interesarse por la política, sobre todo cuando ésta se encontraba en un momento crítico y necesitaba de una nueva savia que la dotara de sentido: «Nosotros éramos nacionalistas y portalianos, y no estábamos a favor de buscar términos medios, sino de hacer un corte histórico definitivo». El “corte definitivo” vendría a ser su ingreso al Partido Agrario Laborista (1950), en un momento donde existía «la necesidad de defender los conceptos de nacionalidad y soberanía» que se veían atacados desde todos los flancos. La amenaza principal del comunismo, aunque se encontraba fuera de la ley, había dejado la posta en el socialismo que «había derivado en gran medida hacia los mismos conceptos y propósitos del comunismo internacional, promoviendo la idea de un mundo dividido en clases sociales y antagónicas» (SJ, 58). No es casual que para Jarpa el socialismo chileno haya “derivado” hacia posiciones enemigas, porque en un principio el Partido Socialista estuvo fuertemente influido por un sentimiento nacionalista. Lo que señala Jarpa, es el acercamiento del Partido Socialista hacia el marxismo, su más temido enemigo, expresión del internacionalismo y, por lo tanto, anti-chileno. Para el período 1950-1960 fue esta la orientación que predominó en la izquierda y que, gradualmente, también atrajo al centro. Para Jarpa, la “marxistización” de la Democracia Cristiana fue el inicio del fin de la política chilena (SJ, 118), que condujo a la totalidad del sistema a posturas extranjerizantes que ponían en riesgo a la nación. Al mismo tiempo, le exigió a él mayores esfuerzos para encauzar nuevamente el sistema político en los intereses nacionales.

En cambio, para Palestro la vocación política fue casi innata. En concordancia con la idea de que las condiciones materiales necesitan de una correlación de conciencia política *ad-hoc*, su acción política fue casi un acto natural. La clase lo pedía, la clase lo necesitaba. Pero si bien la narrativa de Palestro construye una historia de vida en correlación con la ideología, inversamente, su relación con el Partido Socialista exige una deconstrucción:

“Seguramente un Partido más certero y sólido será aquel que reúna la teoría y la práctica en un todo creativo, ágil y capaz de dar respuestas justas a los múltiples problemas de la sociedad. También un Partido que reúna en su Dirección a los distintos estratos sociales que lo componen, cuya mayoría esté constituida por el proletariado”. (TP, 57)

Como planteamos más arriba, el contexto desde donde escribe Palestro es la derrota de un proyecto histórico y de una vida entregada a la política. Como lo expresa al inicio de su obra, la experiencia de la cárcel inmediatamente después del golpe le entregó algo que antes se estaba negado: “el tiempo”. El tiempo, la reflexión y, también, las evaluaciones. De acuerdo a como construye su relato, Palestro siempre vivió en constante actividad política, por lo que presenta una visión negativa de las discusiones teóricas que predominaron en el Partido Socialista hacia finales de los sesentas y que, según su opinión, no lograron conjugar la teoría y la práctica. En su opinión, el desdén por la práctica llevó al PS a la debacle, es decir, a convertir a la política en una actividad elitista. La práctica política, popular y en democracia, perdía gravitación, y con ello, se terminaba también el espacio donde Palestro era útil y representativo. Para evaluar en qué medida influyeron en ese destino su quehacer en la política interior de México y el tipo de relación que entabló con organizaciones sindicales internacionales, –sobre todo luego de 1953–, se hace necesario acceder a nuevas fuentes, cosa que está pendiente.

7 Sobre el desarrollo y las implicancias de estos hechos, véase Milos (2007).



## VI. EL GOLPE. DIVERGENCIA NARRATIVA.

Si los nudos de estas narraciones fueron la socialización temprana y la acción política, estos se desatan divergentemente en el golpe de Estado de 1973. Como era de esperar, las narrativas, que hasta este punto seguían caminos de cierta manera comunes, se vuelven irreconciliables. Ciertamente, uno triunfa y otro pierde. Pero, al no tratarse de un simple juego, el discurso se endurece.

Como vimos, para Jarpa la introducción del marxismo en la política nacional es la principal causa de la posterior “intervención” de los militares. Un momento de lectura es difícil de expresar, pero a partir de que la crónica se acerca al golpe militar de 1973, las palabras de Jarpa parecieran subir de tono, se entrecortan los juicios, desaparece el político nacionalista jugado por la democracia, poco a poco va apareciendo el Jarpa autoritario, secundado por las entrevistadoras:

“A fines de julio del 71 se separó de la DC un grupo de militantes que fundó la Izquierda Cristiana. Entre ellos estaban Luis Maira y dirigentes del MAPU como Jacques Chochol, Julio Silva, Alberto Jerez y Rafael Agustín Gumucio ¿En la derecha evaluaron como positivo el hecho de que la DC se fuera “depurando” de sus elementos más izquierdistas? Es una buena interpretación [...]” (SJ, 149-150)

A este punto, Allende ya está construido en la narración como la caricatura que ha intentado imponer la derecha: gozador («Se habló [en una comida organizada por Allende] entonces de las chiquillas Montt, de las modas de la época, de corbatas y zapatos elegantes, y de un whisky estupendo que le habían traído hacía poco [...]»; SJ, 142), bribón («Después todos se preguntaban cómo podía ser marxista, si parecía más gozador de la buena vida que los demás concurrentes», SJ, 142) y astuto («Partió diciéndome lo siguiente: “Yo sé que usted es nacionalista, ¿pero quiere que le diga? Yo soy más nacionalista que usted”»; SJ, 142; «¿Pero qué hacemos con los comunistas?” –le pregunté- [...] “Mire –me contestó-, de los comunistas me encargo yo. No me van a poner obstáculos, porque cuento con las Fuerzas Armadas para mantenerlos en su lugar”; SJ, 143). En este momento narrativo el golpe aparece como necesario, ya que el gobierno de Allende

“actuaba de facto ilegalmente con la finalidad última de instaurar el sistema marxista [...] En el campo, las arbitrariedades y el sometimiento del campesinado a las prepotencias de los activistas políticos era pan de todos los días, y en la ciudad, las requisas de industrias y empresas realizadas al margen de la ley.” (SJ, 164)

De igual manera, la oposición “democrática” que representaba el Partido Nacional, elegía una fuerte bancada parlamentaria, que constituyó «el más firme baluarte de la chilenidad y la libertad» (SJ, 182). Pero no sería suficiente, ni necesario, ya que «los militares estaban altamente preocupados ante las dificultades que se le presentaban para defender la soberanía» (SJ, 183).

En suma, el caos total. La narración se ha ordenado hasta este punto de la siguiente manera: un Jarpa prístino y noble se acerca a la política, la política colapsa, llega el marxismo, adviene el caos... aparece la solución:

“El pronunciamiento militar estaba en el aire, porque al declarar que el gobierno estaba fuera de la Constitución y las leyes, la Cámara de Diputados había llamado a las Fuerzas Armadas a cumplir con su deber. No se veía otra solución para detener el derrumbe definitivo. Ya no se trataba de problemas políticos y económicos, sino de la soberanía nacional comprometida por problemas vecinales, y fuerzas armadas ilegales actuando dentro de Chile con mandos extranjeros.” (SJ, 194)

El tramado del discurso de Jarpa toma coherencia con el final traumático pero liberador. Se trataba, esta vez, de una amputación necesaria para salvar al cuerpo-nación. Así, sus deseos portalianos expresados para explicar su entrada en la política («Nosotros éramos nacionalistas y portalianos, y no estábamos a favor de buscar términos medios, sino de hacer un corte histórico definitivo») se concretaban con un nuevo Portales y con una refundación del Estado. Se cierra de esta forma la trama jarpiana, dejándonos un sujeto-protagonista coherente y consciente, a pesar de que el segundo final de esta historia (refundación neoliberal) no le diera la razón.

Llegado el golpe (como momento narrativo), Palestro se comporta como la figura noble y democrática que hasta aquí ha presentado: se entrega voluntariamente ante Carabineros el día 12 de septiembre. Hasta aquí, hechos nada más. Sin embargo, continúa la narración con una aclaración: “Yo nunca fui jerarca” (TP, 91-92). En este punto, la narración comienza a adentrarse por hechos traumáticos, pero

aun así mantiene la coherencia del sujeto político planteada desde un principio. Con el encarcelamiento de Palestro, la narración adopta la imagen del absurdo, de la inconsistencia entre lo que sucedió y lo que para el sujeto significaba. “Yo nunca fui jerarca”, expresa el sin sentido del golpe: el sujeto Palestro, que no fue «hombre decisivo en el Gobierno del compañero Allende, no ocupé cargo alguno, no lo solicité ni me lo ofrecieron» (TP, 91), se encontraba detenido sin siquiera haber participado de los hechos («confieso que a veces me costaba encontrar la “línea”»; TP, 91). Si entendemos bien, este pequeño capítulo se conecta con la crítica hacia el partido que veíamos más arriba (la inconsistencia entre “teoría y práctica”), en el sentido de expresar las diferencias y sentar posiciones entre quienes hacían realmente política de base (“práctica”), frente a otros que se obnubilaban con las armas, pero sólo de manera discursiva (“teoría”). Éstos, «los “pasados pa’ la punta”, que explicaban en cualquier esquina los “secretos” de “la punto treinta” y la cachá’e la espada», es decir, quienes «descubrieron en esto de la “clandestina” la mejor manera de justificar su flojera, así como un burgués descubre que la política es la mejor manera de “hacer plata” y defenderla» (TP, 94). Parece una crítica a los jóvenes, a los intelectuales, a los que sin provenir de la clase obrera, caldearon el ambiente y destruyeron un (su) proyecto histórico.

Toda la frustración de la derrota, de la cárcel, del exilio, del “falseamiento” de la historia, pero también, todo el empoderamiento histórico, todas las credenciales, se expresan de la siguiente manera:

“Dejé lo mejor de mi vida, la mayor cantidad de mis energías, el tramo más útil de la vida de un hombre, al servicio de la Comuna de San Miguel. Al final, el premio, el gran trofeo, fue una sucia campaña de calumnias, como son todas las campañas de las dictaduras. Una prisión de más de mil doscientos días (más de tres años), tratado como basura y viviendo en la basura. Ni una palabra en mi defensa. No se me podía defender. Había cometido el crimen de sacar una de las primeras mayorías nacionales cada vez que me presentaba como candidato a regidor. Gente así molestaba demasiado a la Junta, gente con esta “peligrosidad” había que expulsarla del país”. (TP, 120)

## VII. CONCLUSIONES.

En el análisis de estas dos narrativas militantes, hemos observado cómo la trama autoral construye determinados discursos con distintos significantes, que funcionan como dispositivos de una memoria en apariencia coherente y conectada con la realidad pretérita. El análisis comparativo expuso las principales divergencias (concepciones de la política y realidad histórica), pero también los aspectos que ambas narrativas tienen en común.

Asimismo, la introducción de la categoría generacional (historicidad) nos permitió insertar las culturas políticas particulares de los sujetos en un contexto más amplio, de tipo histórico-cultural (“cultura política de la acción”). También, analizamos cómo el contexto desde donde enuncia el sujeto que construye el discurso proporciona nuevas lecturas, mostrándonos una amplitud de registros y acercamientos posibles a un mismo texto.

Por otro lado, el tono de exaltación de la acción política de la acción se transforma cuando ésta es negada, es decir, cuando ambos actores son desplazados de la misma. Para Palestro, ese espacio era el exilio. Para Jarpa, la hegemonía neoliberal. Ambos actores narran desde la derrota.

A la luz de este análisis he intentado exponer la compleja construcción de un discurso, no resolverla. Expusimos de qué manera dos relatos que tratan sobre un tema común llegan a construir una red de significados y representaciones tan diversa. Identificamos cómo el golpe militar de 1973 sigue presentándose como nudo central de la narrativa militante de la época. Con todo, es un tema que aún no se agota.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Arancibia, P., Arancibia, C. y De la Maza, I. (2002), *Jarpa. Confesiones políticas*, Santiago: La Tercera-Mondadori.
- Arfuch, L. (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires: FCE.
- Castro, P. (2011), "Cultura política: una propuesta socio-antropológica de la construcción de sentido en la política", en *Región y sociedad*, vol. XXIII, 50, pp. 215-247.
- Hall, S. (1984), "Notas sobre la deconstrucción de 'lo popular'", en Samuel, R. (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica.
- Krotz, E. (1985), "Hacia la cuarta dimensión de la cultura política", en *Iztapalapa*, N° 12, pp. 121-127.
- Lechner, N. (1987), "El Nuevo Interés por la Cultura Política", en Lechner, N. (ed.), *Cultura política y democratización*, Santiago: Editorial FLACSO-CLACSO, pp. 9-14.
- Milos, P. (2007), *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*, Santiago: Lom Ediciones.
- Montecino, S. (1996), *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*, Sudamericana: Santiago.
- Moyano, C. (2009), *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)*, Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Moyano, C. (2010), "Las memorias militantes y el uso testimonial en la historia política del tiempo presente en Chile: de lo estructural y lo subjetivo", en Bresciano, J. (comp.), *El tiempo presente como campo historiográfico. Ensayos teóricos y estudios de casos*. Montevideo: Ediciones Cruz del Sur.
- Muñoz, V. (2011), "Juventud y política en Chile. Hacia un enfoque generacional" en *Última Década*, N° 35, pp. 113-141.
- Palestro, T. (1989), *Jornadas de lucha y vida*, Santiago: América Latina Libros.
- Palestro, M. (1998), *La República independiente de San Miguel*, Santiago: Lom Ediciones.
- Pinto, J. (2007), *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*, Santiago: Lom Ediciones.
- Pinto, J. (2013), *Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica*, Santiago: Lom Ediciones.
- Pinto, J. y Valdivia, V. (2001), *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago: Lom Ediciones.
- Varas, J. (1998), *Chacón*, Santiago: Lom Ediciones.
- Varas, J. (2010), *Los tenaces*, Santiago: Lom Ediciones.
- Williams, R. (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona: Ediciones Península.